

## Conferencia de clausura:

### *María y la misión: recursos mariológicos para el camino por delante*

Prof. **Patricia A. Sullivan,**

Expresidenta de la Sociedad Mariológica de América,  
Saint Anselm College, Manchester (New Hampshire, Estados Unidos)

A punto de concluir este simposio con el que hemos estado celebrando el centenario de la coronación canónica de Nuestra Señora, la Virgen de los Desamparados, podría resultar sorprendente pensar que, por extensión, María se siente ella misma abandonada. Sin embargo, Hans Urs Von Balthasar sugirió exactamente esto:

El largo período de vida de la Madre mientras su Hijo va creciendo es, para la Madre, una vida en la fe. Ella no ve a Dios en él; sólo desde lejos sospecha de su relación particular con el Padre. Ella no entiende lo que el niño de doce años le dice. Y, dejada atrás con los "hermanos" incrédulos, ¿cuánto entenderá ella sobre sus acciones públicas? ¿La dejará el Hijo atrás y apenas la reconocerá? *Mujer, ¿qué hay entre nosotros?* Cuando ella quiere visitarlo, él está tan ocupado con su nueva familia que no tiene tiempo para ella. Cuando una mujer de la multitud la llama bienaventurada, ella es empujada de vuelta al anonimato de la multitud: *Mejor, bienaventurados los que escuchan la palabra de Dios y la guardan*. Por un lado, ella es presentada como el modelo mismo para la nueva fe; por otro, como representante de orígenes puramente biológicos, queda relegada a un pasado arcaico que ha sido superado. Todo esto es ahora la escuela del Hijo, su formación en su propio abandono, en la que recibirá su parte bajo la Cruz.

En *Redemptoris Mater*, el papa san Juan Pablo II explicó que es un "cambio en la esfera de los valores espirituales" (cf. Lc. 8:20-21, Mc 3:34; Mt 12:49) que ocurre cuando Jesús "desvía la atención de la maternidad entendida solo como un vínculo carnal" (cf. Lc 11:28). Sin embargo, el lenguaje de la "noche de fe" —como el papa Francisco resumió en *Evangelii Gaudium* la tesis de Juan Pablo II— podría parecer aplicable a María solo "durante los años de la infancia de Jesús en Nazaret". La descripción del Papa Benedicto XVI en *Spe Salvi* podría ofrecerse como un resumen de la descripción de Juan Pablo II de la vida de María después de esto: "Entonces, cuando Jesús comenzó su ministerio público, tú [María] tuviste que hacerte a un lado, para que pudiera crecer una nueva familia, la familia que era su misión establecer y que estaría formada por aquellos que escucharon su palabra y la guardaron (cf. P. 11:27f)." La teología de Baltasar, en múltiples lugares, reflexiona explícitamente sobre la "noche oscura" de María, su "noche de fe", a lo largo del ministerio público de Jesús hasta incluir la Cruz, donde "el Hijo moribundo abandona expresamente a su Madre, retirándose de ella..." Balthasar escribió que en el "constante entrenamiento de la fe desnuda que María necesitaría para la cruz", Jesús mismo "es el primero en empuñar la espada que debe atravesarla". Karl Rahner, con una conciencia similar, sugirió que, en la "espada" de María, la experiencia es un modelo para la misión. De hecho, afirmó "la vida posterior de la Santísima Virgen como modelo para el apostolado de los laicos: su silencio, su subordinación a la vida religiosa legalmente prescrita de su pueblo, su modestia en la vida pública del Hijo, su estar bajo la cruz..., su pertenencia sin pretensiones a la comunidad en Pentecostés, cuando ella es, en sí misma, el punto central, pero de ninguna manera resta valor a los derechos oficiales de Pedro y los Doce". Y escribió:

El apostolado de la Santísima Virgen es un apostolado de la cruz, de un corazón apuñalado con la espada del sufrimiento; un apostolado del fracaso, de llevar consigo el destino de su Hijo; de la incomprensión de los decretos de Dios y de las acciones del Señor mismo, a quien ella servía. Es un apostolado de esperanza contra esperanza, de fe antes de que se gane la victoria, de una

empresa cuya recompensa no se paga por adelantado, de una lealtad que da todo. *Bienaventurada tú que has creído*, se le dijo... El acto apostólico de fe tiene que mantenerse. Y es precisamente en ese momento en que todo parece haber terminado y todo parece perdido que la victoria se gana en la derrota y la vida en la muerte; el momento en que uno se levanta para recibir la espada del dolor mortal a través de su corazón, mientras que el Hijo está rezando su oración de muerte de ser abandonado por Dios.

¿Hay quizá ayuda espiritual y teológica en la reflexión que nos concierne, especialmente en nuestro tiempo en la historia —sea este descrito como si tuviera "Nubes oscuras sobre un mundo cerrado" (*Fratelli tutti*), o bien sea un mundo en el cual la "reevangelización" se necesita incluso en la Iglesia— sobre la posibilidad de una larga experiencia de "abandono pasivo" para María, una experiencia de "momentos de aridez, oscuridad e incluso fatiga" (*Evangelii Gaudium*), en referencia a los años de María con Jesús cuando era niño? Esto pone de relieve una característica de la "peregrinación de fe" de María, una característica que Francisco mencionó como una dificultad que nosotros podríamos encontrar en nuestro "camino de evangelización". Una característica que puede ser más prominente de lo que generalmente se reconoce, posiblemente confundida con otras realidades, cualquiera de las cuales, reconocida y recibiendo la reacción apropiada, puede ser un medio para acercarnos más a Dios. A pesar de cualquier sentimiento de abandono, María se "abandonó" activamente ella misma a Dios, un tema tratado abundantemente en toda la tradición. Ambas dimensiones del enfoque del abandono son críticas en la doctrina balthasariana de la misión personal, para la cual María es el ejemplo preeminente de una persona humana que cumple fielmente la misión recibida de Dios. Balthasar vio en los santos la historia de personas débiles que viven sus misiones dadas por Dios, ya que la gracia de Cristo supera sus deficiencias para el bien del individuo y de la Iglesia, comunicando el mensaje del evangelio al mundo. La teología de Rahner no presentaba esta misma fuerte sensibilidad dialéctica de la misión personal contra una persona, por así decirlo. Sin embargo, dado que estamos llamados al "discipulado misionero" por el bautismo, cualquier teología católica se ocupa de la misión del individuo; y la extensa teología de la misión de Balthasar debe mostrarse, al menos en partes críticas, como compatible con otros sistemas teológicos católicos, si se ha de considerar ampliamente en un nivel práctico. El tema balthasariano del abandono puede ser controvertido con respecto a sus afirmaciones trinitarias, que ocasionalmente se notarán, pero no se tratarán explícitamente en esta reflexión. El abandono a Dios es, por supuesto, una dimensión importante de toda la teología católica. Por lo tanto, los recursos teológicos que se considerarán hoy para el camino que tenemos por delante comenzarán con Balthasar. Pero también, ilustrando que estos temas no exigen la adhesión solo al trabajo de Balthasar, incluirán ideas de Rahner y de la amplia tradición en consideración de la importancia del ejemplo de María para la misión. (1) Veremos la teología de la naturaleza y la gracia que sustenta el pensamiento misionero personal de Balthasar y veremos brevemente el pensamiento de Rahner sobre la dinámica y la misión divino-humana, con la mirada puesta en la doctrina de ambos teólogos sobre el abandono. Luego (2) consideraremos estas ideas a la luz de la situación contemporánea, que se ha descrito de manera que podrían llevarnos a preguntarnos acerca de una experiencia prominente de "noche oscura" (cuando no pecado), para la cual el ejemplo de María podría tener implicaciones para la misión con respecto a la espiritualidad y la vida moral, el ecumenismo y el catecismo. Y, finalmente, (3) reflexionar sobre la importancia de estas ideas para la Nueva Evangelización, pensando especialmente en los laicos. Un pensamiento final considerará el modo de nuestro progreso en el abandono a Dios y, por lo tanto, el cumplimiento de nuestra misión desde él.

(1)

**Misiones personales y abandono:**  
**Bases teológicas**

En la teología de Balthasar sobre la misión personal, entre los santos, la influencia de María es, por supuesto, la más grande. Balthasar escribió: "El radio de su círculo impregna a todos los demás y los incluye en sí mismo. En otras palabras, ella es coextensiva con la Iglesia, en la medida en que la Iglesia es la Iglesia de los santos, la "esposa sin mancha ni arruga". Sólo en María, en su completa sumisión al Hijo en su papel expansivo en su obra salvífica, son "indistinguibles" la persona y la misión personal. Ella "vive en medio de la ley básica de la revelación", que es "que Dios derriba a los poderosos de sus tronos y levanta a los humildes, a los hambrientos los colma de bienes y a los ricos los despide vacíos". Ella es la "Iglesia arquetípica, cuya forma tenemos que tomar como modelo". Balthasar afirmó, sobre ese patrón, la tarea esencial del cristiano. "Su deber es experimentar la presencia del amor absoluto, y él mismo actualizarlo, haciéndolo visible dentro de su amor por el prójimo..." Sin embargo, "no es él quien saca a su hermano titánicamente de la oscuridad por la fuerza de su propio poder de amor. Él sólo da testimonio de la luz, como Cristo mismo, el Hijo del Padre a quien la luz fue dada como propia, quería en todo su resplandor sólo dar testimonio del Padre". Los santos nos muestran que, cuando esto ocurre, nos convertimos en "evangelizadores", "misioneros", de hecho y de palabra.

La teología de Balthasar sobre María y los santos está informada por su perspectiva sobre la relación naturaleza-gracia, que enfatizó la dimensión noética de la realidad humana concreta captada por lo sobrenatural. Deliberadamente no tan completamente como algunos de sus contemporáneos que demarcan conceptualmente los reinos de la naturaleza y la gracia en el nivel existencial, Balthasar acentuó prominentemente en el nivel existencial la soberanía y la libertad de Dios, así como la libertad dada por Dios a los seres humanos, destacando eventos de importancia reveladora, incluidas las misiones personales de María y de los santos. Balthasar, como Henri de Lubac, enfatizó la imposibilidad de definir que lo que habría quedado de la naturaleza podría no haber sido ordenado a la gracia. La teología de De Lubac descansaba en la realidad paradójica de que la naturaleza humana tenía un fin sobrenatural. Con el foco puesto en "la interacción del conocimiento natural (cuyo reino nunca se puede definir realmente) y la fe sobrenatural", la dimensión intelectual, "el lado noético del problema", aunque en relación con lo volitivo, Balthasar escribió: "El ser creado debe ser, por definición, creado, dependiente, relativo, no divino. Pero *como* algo creado no puede ser completamente diferente a su Creador. Y si esta criatura es un ser espiritual e intelectual, tanto su naturaleza óptica como su noética deben tener alguna relación con su Creador. Sin embargo, la relación de la persona humana con Dios no requiere una "afirmación" sobre Dios, porque "así como un ser humano no tiene derecho legítimo a la plena auto-revelación de otro ser humano, que es inherentemente un acto libre, entonces *análogamente* (¡y solo entonces!) las criaturas no tienen derecho a la auto-revelación de Dios en su graciosa revelación". Lo elaboró así: "Aquí gobierna una verdadera analogía en la medida en que existe una verdadera analogía entre el sujeto divino y el humano... Porque el sujeto divino está mucho más lejos y, a la vez, mucho más cerca de la criatura que cualquier otro tú humano". Por lo tanto, "toda 'reivindicación' de la criatura, incluso en el orden de la creación, es *de facto* tan superada por la bondad divina que esta bondad misma se expresa a la criatura como una afirmación sobre ella". "El verdadero problema es la prioridad de la actividad de Dios en el hombre en general: la actividad de Dios primero toca el ser del hombre y lo transforma dándole una participación en la naturaleza divina, para que luego pueda afectar su conciencia y convocarlo a la fe". Esto ocurre porque "desde toda la eternidad Dios ha querido una y sólo una cosa: abrir su amor a el género humano". Por "participación y adopción" en y por Dios, los seres humanos son, como escribió Balthasar siguiendo a Karl Barth en sus primeros trabajos sobre el pensamiento de ese teólogo, "semejantes a Dios", *el cual es* siempre más desemejante" (es decir, "la criatura no es diferente a Dios debido a su naturaleza *como* tal criatura"). Balthasar explicó: "La distancia entre sujeto y sujeto no es creada por la gracia. Es una distancia que pertenece a la naturaleza, pero tiene su fundamento más profundo en la distancia intradivina entre las Personas en la Trinidad, que sólo se hace visible para

nosotros en la gracia". El descenso de Dios a nuestro mundo pecaminoso, en la Encarnación (con "la historia que fluye de ella"), "concreción personificada", revela que "la desemejanza realmente puede ir, hasta el propio abandono de Dios de sí mismo". En las reflexiones de la naturaleza-gracia, "la naturaleza *enfatisa* la distancia, mientras que la gracia enfatiza la comunión...". La naturaleza humana "se basa en el Logos" de tal manera que "la posibilidad de que la creación esté distante de Dios deriva en última instancia de la disposición del Hijo *divino* a vaciarse en el servicio y la obediencia a su Padre". Es el caso de que "sólo cuando se nos imparte la gracia, la distancia entre Dios y la criatura tiene el poder de transformar esa distancia en una conversación genuina y fructífera entre Dios y la fe". Y, "dialécticamente", escribió Balthasar, "cuanto más fuerte se vuelve la unión entre Dios y el hombre, que la Palabra de Dios efectúa, más claramente vemos la diferencia entre ellos, especialmente en lo que se aplica a las categorías de subjetividad y carácter personal".

Dada la comprensión de Balthasar acerca de nuestra realidad "agraciada", no podía sino pensarse como reveladora, en el sentido de que "la apertura del horizonte del conocimiento hasta el conocimiento del Creador, porque solo esto fundamenta el espíritu y el conocimiento, abre al espíritu creado un camino a través de la naturaleza hacia el Creador, pero sin rendir de ningún modo a Dios a la voluntad de la criatura". La humanidad "ya está por naturaleza tan totalmente en deuda y sumisa a su Creador y Señor que ya debemos hablar de su acto fundacional en la esfera de la naturaleza y aún más en la de la revelación. El espíritu humano no puede ser otra cosa que una especie de 'fe'". Aunque caídos, hemos estado "desde tiempos inmemoriales en contacto con la esfera y la calidad de lo divino". Quedan "contactos naturales-sobrenaturales del espíritu creado con el Dios verdadero, igualmente Creador y Otorgador de toda gracia", y "la ley natural exige que el hombre se adhiera a ese orden divino que Dios mismo ha puesto delante de él". Porque "en el pecado, el hombre no puede conocer a Dios de la manera en que *debería* conocerlo". Balthasar sostuvo, entonces, que "el círculo entre la revelación y la fe no está cerrado en la forma en que Barth lo quiere decir, sino que está abierto, ofreciéndonos acceso a Dios". Y "es precisamente la razón humana la que está llamada no sólo a conocer a Dios, sino a reconocerlo en su pensamiento lógico". Subrayó que nuestra "participación en la vida de Dios también debe ser algo consciente y, a la vez, ónticamente real... Solo puede entenderse como que involucra simultáneamente tanto un aspecto del evento como un aspecto ontológico". Porque "Dios no puede comunicar su verdad sin darnos al mismo tiempo acceso a su Ser". De este modo, Balthasar escribió: "Es una actividad apropiada de nuestra naturaleza, *cuando* se abre el orden de la gracia, para explorar no sólo el significado interno y el contenido de la revelación (*Fides quaerens intellectum*) sino también para comprender el significado de la naturaleza y la razón que la gracia y la fe han dado a la naturaleza (*Intellectus quaerens fidem*).". Concluyó: "La naturaleza y la gracia tienen un significado; y la gracia y la fe son el significado último de este significado".

La conclusión de Balthasar fue que "la gracia de Dios es fundamentalmente una llamada". Es "ser nombrado para un servicio, tan único como personal, y estar dotado con una chispa de la propia singularidad de Dios". Lógicamente, de acuerdo con la manera en que Balthasar asocia la gracia y la revelación (o, más exactamente, la naturaleza y la gracia con la fe y la revelación), los santos son tales por sus misiones personales y la gran profundidad de su compromiso con ellas, que se vuelven reveladoras para los demás. "En un santo, es principalmente la misión la que es perfecta; solo secundariamente se le describe a sí mismo como perfecto, en la medida en que integra la totalidad de sus dones y fuerza en el cumplimiento de su misión". Los santos están "atrapados por el amor de Dios en el evento de la cruz". Y, por lo tanto, cualquiera de ellos "puede hacer cosas que, aunque le parezcan naturales, son extravagantes en lo que respecta al observador promedio". Son "enviados", en un sentido muy especial, porque su misión se ha apoderado de ellos de tal manera que ahora no son más que una función de la tarea divina. Al llamar a tales personas, Dios tiene en mente una fecundidad particular en la Iglesia..." Balthasar enfatizó que "la tarea a la vista nunca es la persona misma, sino la voluntad de

Dios, que él [el santo] debe llevar a cabo. En esa medida, ningún santo puede esforzarse por su propia santidad, porque con todas sus fuerzas se aleja de sí mismo y busca entrar más profundamente en la voluntad de Dios... para saciar la sed de amor de Cristo". Las vidas de los santos, entonces, ilustran la paradójica realidad humana de la naturaleza captada por la gracia, de tal manera que el ser humano, precisamente por "cooperación con la elección divina", "entrando en la libertad divina", se hace más libre él o ella. "Nada hace que el individuo humano sea más autónomo que la misión divina que acepta en obediencia libre y con plena responsabilidad". "La identificación de uno mismo con la misión recibida de Dios es un acto de fe perfecta y, como tal, es la unión de nuestra obra con la obra de Dios en nosotros (Jn 6,28-29). Es, al mismo tiempo, lo que el Señor llamó "verdad" y equiparó con la verdadera libertad..." Y así, "los santos genuinos no deseaban nada más que la mayor gloria del amor de Dios"; "Cada uno de ellos desea apuntar completamente lejos de sí mismo y hacia el amor".

Las misiones personales fluyen de los carismas, explicó Baltasar. Siguiendo a Erich Przywara, tomó como analogía de la fe (que funciona dentro de una analogía del ser) "el lugar de este concepto en la relación intraeclesial entre los carismas vividos dentro de la Iglesia y la única fe objetiva de la Iglesia a la que todos están vinculados". Este movimiento de trabajo de los carismas, primero dentro de la Iglesia, es el impulso para una auténtica obra misionera que fluye hacia el mundo. Baltasar veía a los grandes santos como aquellos cuyos carismas "irradian a través de vastos espacios de la Iglesia" en misiones personales. "La misión de María irradia a través de toda la Iglesia", señaló. Los santos son "grandes regalos de Dios" a los fieles, de modo que "toda la gama de experiencias de Cristo se distribuye a la Iglesia a través de las experiencias de los santos". Porque "sólo la imagen que el Espíritu guarda ante la Iglesia ha sido capaz, a lo largo de los siglos, de convertir a los hombres pecadores en santos", "mediando el conocimiento de él [Cristo]" para "cambiar vidas". Un carisma define la misión personal de un individuo, ya sea que esa misión y su valor para la Iglesia sean o no plenamente comprendidos incluso por el santo en cuestión. "La mera existencia de los santos demuestra ser una manifestación teológica que contiene la doctrina más fructífera y oportuna, las instrucciones del Espíritu Santo dirigidas a toda la Iglesia y que no deben ser descuidadas por ninguno de sus miembros", afirmó Baltasar. Y, sin embargo, existe la diversidad en el renombre santo: "El reino de los santos conoce muchos grados, desde el límite más bajo, donde la integridad de una misión es simplemente preservada, hasta el nivel más alto de todos, donde la misión y la persona se vuelven indistinguibles. Sólo la Madre de Dios ha alcanzado ese nivel", escribió Baltasar. "En su sentido más amplio, los 'carismas' de María exponen la esencia de lo que es la Iglesia". Sus "privilegios" (junto con los de Pedro) son "representaciones de las características generales de la Iglesia, ya que la Iglesia es la única esposa de Cristo, virgen y madre, concebida inmaculada, llamada en gracia a participar en la obra de la redención, y tomada corporalmente en gracia para participar en la transfiguración del cielo". En María y los santos la Iglesia es, "vicariamente para todos", "pobre, virgen, obediente".

El acento de Baltasar en la "auto-revelación" (explícita) de Dios a nosotros en gracia resultó en una distinción entre los santos de "santidad común", que son "nutridos" en la Iglesia, "que los ofrece como primicias a Dios", y los santos de "santidad representativa", aquellos "a quienes Dios pone como piedras angulares de la Iglesia, a quienes selecciona para servir durante siglos como interpretaciones vivas del evangelio". Estos últimos son "mensajeros divinos"; "Dios sin duda los ha enviado para servir como modelos" a quienes la Iglesia "recibe" y "usa" para "fertilizar su santidad". María y los "santos representativos" son enviados por Dios para la Iglesia, siendo María la "primera célula de la Iglesia de Cristo", "el lugar donde el Hijo del Padre puede descender a la tierra". Explicó: "El Sí de María (y con él, el Sí de todos nosotros) entra, y es absorbido en el Sí total de Cristo al Padre (2 Corintios 1:19-20)." María es "la mediadora de todas las gracias" porque "toda la gracia que es mediada al mundo sólo por Cristo (y por lo tanto posee una forma cristológica, encarnada) tiene también un aspecto mariano-ecclesiológico, porque así es como el Señor ha dispuesto libremente las cosas en su gracia". En María,

"la fe y su disponibilidad fueron el principio que, desde el lado del mundo, hizo posible la Encarnación". Ella, "el arquetipo de una Iglesia que se con-forma a Cristo", muestra que "la santidad cristiana es 'portadora de Cristo'". Sin embargo, "no somos María o la Iglesia esposa", sino "pecadores que están en continua necesidad de purificación y santificación". En Cristo, nuestro "sí", siguiendo al de María, debe ser dicho y vivido. "La actitud de María" es clave: señala lo que es más importante para ella: "la preocupación de su Hijo de que el nombre de Dios sea glorificado en la tierra, que venga su reino y se haga su voluntad en la tierra como en el cielo". Balthasar observó que "María parece disfrutar de un *Prius* que nadie más puede igualar". Sin embargo, "ella consiguió este *Prius* no de su maternidad fisiológica tomada aisladamente, sino de su actitud personal total de fe como perfecta disposición a servir". Él pregunta: "¿Y de dónde saca ella esta fe, si no es de la gracia que Dios comunica al mundo a través de la obra de Jesucristo?" Su vida en Cristo es reveladora de una manera preeminente, por lo que su espiritualidad debe ser la base de todas las demás; su "renuncia radical a cualquier espiritualidad especial que no sea la sombra del Altísimo y la morada en la Palabra divina" significa que ella "resuelve todas las espiritualidades particulares en la única espiritualidad de la esposa de Cristo, la Iglesia". "Entre todos los otros círculos [de influencia santa en la Iglesia], María es la más grande", escribió Balthasar. Ella, "como sierva del Señor, en cierto sentido está al nivel de todos los demás en la Iglesia. Todo aquel que como ella es siervo de Dios puede ser madre de Jesús que permite que el Verbo divino se haga carne en su propio cuerpo". Así que los santos representativos y comunes por igual surgen de la adopción del comportamiento de María respecto de Dios. "Y, sin embargo, ella no puede ser puesta completamente al mismo nivel que otros creyentes, porque solo ella era la Madre física de Jesús y, por lo tanto, 'pre-redimida'", escribió Baltasar.

En comparación y contraste con la opinión de Baltasar, en la teología de la naturaleza y la gracia de Rahner, los santos aparecen como "los modelos creativos de la santidad que resulta ser correcta para —y es la tarea de— su época particular". Son "mediadores del Mediador" en lugar de, como en el pensamiento de Balthasar, "reveladores del Revelador", descripciones que he usado antes. Los carismas meramente "comunes" edifican la Iglesia, según Rahner: "Toda vida genuinamente cristiana sirve al Cuerpo de Cristo, incluso si se vive en un lugar de la Iglesia 'discreto' (en vez de 'sin importancia')". Aun así, Rahner observó que hay "grandes santos en cuyo ejemplo creativo se pueden ver posibilidades bastante nuevas de vida cristiana". En ellos hay una unidad de carismas dados a los individuos para su santificación y para la Iglesia, y en María vemos especialmente la unidad de estas "gracias": "María ha recibido la gracia salvadora de Dios (obrando a través de Jesucristo y experimentada en sí misma), de la manera más perfecta, para sí misma y para todos nosotros...", escribió Rahner. De hecho, María es "el punto mismo en toda la historia de nuestra redención en el que la gracia salvífica del Dios vivo desciende de él a esta historia, y desde el cual se difunde sobre toda la humanidad".

La base de la visión rahneriana de María y los santos se resume en su noción del "existencial sobrenatural". Para explicar esto brevemente, para ilustrar la diferencia en los sistemas teológicos de Rahner y Balthasar, el fin natural de los seres humanos propio de la "naturaleza pura" fue subsumido por un fin sobrenatural no debido a nuestra naturaleza, sino para siempre una parte constitutiva de la realidad humana concreta a través de este don sobrenatural de Dios que nos da la capacidad de aceptar la gracia, como gracia, estableciendo nuestra libertad para responder a Dios, el Dador del fin sobrenatural de sí mismo. El "existencial sobrenatural" también se refiere a la oferta de gracia a la libertad humana que es análoga a nuestra capacidad de aceptar la gracia. La oferta de gracia, que ocurre antes de la respuesta humana, es en sí misma una especie de gracia que persuade su propia recepción: "La autocomunicación de Dios como oferta es también la condición necesaria que hace posible su aceptación", escribió Rahner. Al igual que la capacidad dotada de recibir gracia, en libertad, es un elemento perpetuo de nuestra existencia, pero "sobrenatural", no "natural". El existencial sobrenatural

existe en el autootorgamiento de Dios en el evento de Cristo, a través de la presencia y el poder del Espíritu Santo siempre presente en la creación, por lo que, aunque la obra de Cristo ocurre en el tiempo, sus efectos no están limitados por el tiempo. Cristo "constituye el clímax de la autocomunicación de Dios al mundo, . . . *ambos* la promesa absoluta de Dios a las criaturas espirituales como un todo y la aceptación de esta autocomunicación por parte del salvador", explicó Rahner. Mientras que la realización humana se encuentra en la unión con Dios a través de Cristo que realizó la "justificación objetiva", Dios permitirá el rechazo de su oferta, que ocurre por la "culpa moral" incurrida en el ejercicio de la libertad contra Dios. La respuesta positiva al ofrecimiento de Dios conduce a una conversión progresiva, a la santificación de la persona humana. La "decisión existencial" de uno determina si el existencial sobrenatural existe en uno, sea "en modo de 'sí'" o "en modo de 'no'". Revisable durante toda una vida, al morir la "opción fundamental" de una persona hacia su situación existencial se finaliza y se hace efectiva en la transformación completa de la persona humana. Dado que el tipo de autootorgamiento de Dios sobre los seres humanos que es la "oferta antecedente" de la autocomunicación de Dios existe independientemente de la opción fundamental de cada uno, los seres humanos experimentan a Dios como el horizonte trascendental de nuestra existencia; Rahner afirmó que "cada ser humano es elevado por gracia en su intelectualidad trascendental de una manera no explícita", un "evento" ontológico más que óptico. La conciencia de esto ocurre en nuestro estado concreto de "elevación" en el que la inmediatez de la presencia de Dios no está asociada con ningún objeto en el mundo (es decir, la revelación trascendental), que se reconoce reflexiva y deliberadamente en asociación con objetos particulares en el mundo (es decir, revelación categorial). Debido a que la autocomunicación de Dios con los seres humanos ocurre en el orden temporal, la "experiencia trascendental original de Dios en la gracia" no temática está necesariamente mediada históricamente, profundamente a través del amor al prójimo que es a imagen y semejanza de Dios. Según Rahner, esta es nuestra "relación original con Dios", habilitada y provocada por la gracia de Dios, el "Misterio Absoluto".

Con respecto a la misión, Rahner distinguió entre "nosotros y nuestra misión", pero habiendo demarcado cuidadosamente los órdenes de la naturaleza y la gracia en el nivel existencial, dejando claro que la presencia de Dios para nosotros es un don, en su pensamiento las personas humanas y sus misiones no están "opuestas" de la manera "balthasariana". Se podría decir que Rahner resumió la misión de María en una oración en la que afirmó que "nuestra vida y salvación dependen siempre de tu consentimiento [de María], de tu fe y del fruto de tu vientre". Al consagrarnos a María "sólo estamos intentando llevar a cabo en nuestra propia historia de vida el plan de redención que Dios estableció y en el que ya ha hecho sus disposiciones por nosotros".

Estas teologías de la naturaleza y la gracia no sólo son responsables de las ideas de las misiones personales de Baltasar y de los pensamientos de Rahner sobre la misión, que incluyen la necesidad de nuestro abandono activo a Dios, como será el enfoque en la tercera sección de este trabajo. También tienen importancia para nuestra comprensión de la naturaleza y la posibilidad de las experiencias de abandono pasivo, que se tratarán en la segunda sección. Aunque hay una larga tradición de reflexión sobre las "noches oscuras" enviadas por Dios a los grandes santos, especialmente a los contemplativos, como una etapa tardía de la purificación, afirmamos también que Dios trabaja con cada uno de nosotros a través de las particularidades de nuestras vidas. Las pruebas de diversos tipos que podrían hacernos sentir distantes de Dios, incluso si pudieran surgir de nuestras propias inclinaciones, seguramente serán usadas por Dios en el sentido de que, pase lo que pase en nuestra vida, Él continuará tratando de persuadirnos, incluso a través de estas pruebas, para que nos volvamos más a Él. Descartar cualquier aparente experiencia de abandono como no perteneciente a la tradición de la "noche de fe" simplemente porque no se piensa que los destinatarios de las experiencias sean grandes santos o no estén en un estado de vida que se cree que conduce a la recepción de experiencias purificadoras "nocturnas" de

Dios, sería ignorar la dinámica divino-humana que, según la teología de Balthasar, quiere nuestra aceptación de las misiones personales. Y en la teología de Rahner quiere nuestro advertir consciente del Dios siempre presente a nosotros. Solo los grandes santos pueden tener la noche oscura de una etapa espiritual avanzada, pero ¿no debe estar, si se quiere, una porción de la noche oscura al menos potencialmente presente en todas las experiencias de abandono sentidas, de los creyentes y tal vez incluso de aquellos que quieran creer, de nuevo, simplemente porque las experiencias pasivas de abandono siempre deben ser potencialmente reveladoras y purificadoras, porque Dios podría ser encontrado a través de ellas, si lo buscamos en ellas y a pesar de ellas, si sabemos buscarlo en/a pesar de ellas, si nos dejamos encontrar por él? ¿No hay variaciones en las experiencias de "noche de fe" / abandono, influenciadas al menos en parte por las personalidades y circunstancias de quienes las tienen? ¿No es por eso que la "noche de fe" / experiencia de abandono de María, cualquiera que sea su duración, es instructiva para todos? ¿Y podrían las experiencias de "noche de fe" / abandono incluir a muchos en tiempos de grandes pruebas?

(2)

### **Misiones personales y abandono:** **La situación contemporánea**

El Papa Francisco escribió en *Evangelii Gaudium*: "Los corazones de muchas personas están atrapados por el miedo y la desesperación, incluso en los llamados países ricos. La alegría de vivir con frecuencia se desvanece, la falta de respeto por los demás y la violencia van en aumento, y la desigualdad es cada vez más evidente. Es una lucha vivir y, a menudo, vivir con muy poca dignidad". En *Hermanos todos*, incluso los encabezados ofrecen una descripción vívida de los problemas del mundo de hoy: "Sueños destrozados" (incluido "El fin de la conciencia histórica"), "Falta de un plan para todos" (incluido "Un mundo 'desechable'", "Derechos humanos insuficientemente universales" y "Conflicto y miedo"), "Globalización y progreso sin una hoja de ruta compartida", "Pandemias y otras calamidades en la historia", "Ausencia de dignidad humana en las fronteras", "La ilusión de la comunicación" (incluyendo "Agresión desvergonzada" e "Información sin sabiduría"), y "Formas de sujeción y de autodesprecio". Sin embargo, el Papa invitó a la esperanza, "a pesar de estas nubes oscuras". Tales realidades negativas seguramente exacerbaban la necesidad de la Nueva Evangelización, tal vez especialmente para los creyentes que pueden estar al margen sin darse cuenta de que su desilusión, su aparente experiencia de no ser llamados directamente, etc., puede ser una condición espiritual que necesita atención. En este caso, es probable que el llamado a la misión no sea escuchado o, si se escucha, no se cree que sea procesable. En una de sus muchas lecciones catequéticas de este año sobre el tema de la evangelización, el Papa dijo de "la *experiencias del Espíritu*" que debemos "buscarlos, enumerarlos, estudiarlos, interpretarlos". Nos exhortó a orar al Espíritu Santo para que podamos "dar testimonio de la primacía del consuelo de Dios sobre la desolación del mundo", un "principio para guiarnos en cosas que no entendemos, en confusiones, incluso en tanta oscuridad", que "la Virgen, que lo ha entendido bien", puede "ayudarnos a comprender". Baltasar señaló que "cada revelación sucesiva [a María] del misterio divino es ocasionada por una nueva demanda sobre María y su asentimiento a ella: . . . La actitud de María es, en efecto, de contemplación, pero de un tipo que, en su origen, está unida a la acción de su respuesta amorosa; Es una contemplación que 'guarda todas estas cosas en su corazón', sólo para sacar a la luz lo que se le ha dado y contemplado y entregarlas al mundo". Rahner escribió, en *El compromiso cristiano*, sobre el efecto sobre nosotros de la advertencia al ejemplo de María:

Si miramos hacia la vida apostólica de la Santísima Virgen, no sólo discutiéndola teóricamente y analizándola conceptualmente, sino acercándonos a ella en la contemplación directa y la comunicación de la fe, por la cual un cristiano se une a la



historia salvífica en una anamnesis dada por la gracia, entonces su apostolado se configurará en nosotros y en nuestra misión, como sí mismo y, sin embargo, de esa manera que nos pertenecerá precisamente a nosotros y a nuestro propio tiempo.

. . . . El verdadero apostolado no es la aceptación de alguna ley discernible para nosotros, *a priori* sobre cómo debe ser el apostolado; es la aceptación de esa ley de su ser lo que percibimos claramente, en primera instancia, en María. . . .

Mirando el ejemplo de María en la fe, posiblemente en una larga "noche", los fieles pueden recordar lagrandes pirituales que nos han mostrado que las "noches oscuras" en nuestra fe pueden purificar, una verdad perdida incluso entre muchos católicos de hoy, que son "educados" por un mundo que busca que nos sintamos felices y realizados en todo momento, en un sentido secular reducido o espiritual pero no religioso, una visión que alienta a no abandonarse al Hacedor, sino a tener éxito en verse a sí mismo como el propio Creador. Una aparente suposición contemporánea de que uno debe tener un fuerte sentimiento feliz sobre cualquier cosa que valga la pena hacer puede desalentar una vida de fe, que no tiene garantizado el consuelo espiritual. Los sentimientos de abandono, que se manifiestan como aparente ausencia de Dios, pueden deberse, por supuesto, a cualquiera de una variedad de realidades: pecado, dolor o enfermedad, ya sea física o emocional / mental, trabajo abrumador o situaciones domésticas, ocupación excesiva, atención inadecuada a los apetitos más bajos, falta de comprensión, etc., así como la aridez espiritual que Dios podría enviar o permitir para alentarnos a purgar todo lo que no es de Dios. La experiencia debe ser reconocida y considerada por lo que podría indicarnos acerca de nuestro estatus ante Dios, mientras que muchos podrían ignorarla, sin darse cuenta, cualquiera que sea la causa, de que puede funcionar como un llamado a profundizar nuestra relación con Dios, que el abandono pasivo, reaccionado correctamente, puede conducir al abandono activo a Dios. Es notable que tanto Baltasar como Rahner, incluso en su trabajo teológico, fueron influenciados por los Ejercicios Espirituales. Sin embargo, el católico común en el banco, así como el no cristiano que podría estar interesado en el cristianismo, podrían no estar al tanto de tales recursos. Los sentimientos de abandono pueden afectar por igual a aquellos que deben ministrar y a aquellos a quienes deben ministrar.. Rahner, con su noción de nuestra "intelectualidad trascendental" que es "elevada por la gracia", afirmó que hay valor en cultivar la conciencia de las experiencias de gracia, "el misticismo de la vida cotidiana", a través del reconocimiento de Dios presente en una vida incluso de circunstancias en gran parte negativas, como ocurre cuando una persona humana "se entrega a Dios ... a la esperanza de una reconciliación final incalculable de su existencia en la que habita aquel a quien llamamos Dios; . . . Vamos en confianza y esperanza y no sabe cómo ocurre este milagro que él mismo no puede disfrutar y poseer como su propia posesión auto-actuada". Rahner preguntó: "¿Alguna vez hemos tratado de amar a Dios cuando parecíamos estar llamando al vacío y nuestro grito parecía caer en oídos sordos, cuando parecía como si estuviéramos dando un salto aterrador al abismo sin fondo, cuando todo parecía volverse incomprensible y aparentemente sin sentido?" Explicó, de esta y otras preguntas similares que planteó, que esta es "la experiencia de la eternidad; Es la experiencia de que el espíritu es más que simplemente una parte de este mundo temporal; la experiencia de que el significado del hombre no está agotado por el significado y la fortuna de este mundo; la experiencia de la aventura y la confianza de dar el paso, una experiencia que ya no tiene ninguna razón que pueda demostrarse o que se tome del éxito de este mundo". Y luego ofreció un párrafo sobre los santos que merece ser dado en su totalidad.

Tomando esto como punto de partida, podríamos darnos cuenta de la pasión secreta que vive en el verdadero hombre del espíritu y en los santos. Quieren Saborea esta experiencia. En su secreto temor de empantanarse en el mundo, siempre quieren asegurarse de nuevo de que están empezando a vivir en el espíritu. Tienen el sabor del espíritu. Mientras que los hombres ordinarios consideran tales experiencias simplemente

como interrupciones desagradables, aunque no inevitables, de su vida normal, en la que el espíritu es simplemente el condimento y la guarnición de una vida diferente, pero no la vida real en sí misma, el hombre del espíritu y el santo tienen el sabor del espíritu puro. El espíritu es, por así decirlo, embriagado por ellos puro; No se disfruta simplemente como el condimento de la existencia terrenal. Esto también explica su extraña vida, su pobreza, su deseo de humillación, su anhelo de muerte, su disposición a sufrir, su anhelo secreto de martirio. No es como si no fueran también débiles. No como si ellos tampoco tuvieran que volver siempre a lo ordinario de la vida cotidiana. No como si no supieran que la gracia también puede santificar las actividades cotidianas y razonables y puede transformarlas en un paso hacia Dios. No como si no supieran que no somos ángeles aquí, ni estamos destinados a serlo. Pero saben que el hombre como espíritu, precisamente en la existencia real y no meramente en teoría, debe vivir realmente en la frontera entre Dios y el mundo, el tiempo y la eternidad, y siempre intentan de nuevo asegurarse de que realmente están haciendo esto, que el espíritu en ellos no es simplemente el medio de la vida humana.

Teniendo en cuenta esta relación que puede existir entre abandono pasivo y activo, un enfoque concertado sobre el abandono mariano en nuestra aceptación de las misiones personales podría sugerir consideraciones para la misión cristiana en varias áreas de interés práctico y pastoral.

En cuanto a la espiritualidad y la vida moral exigida por nuestra fuente y fin en Dios, para extender los puntos ya hechos sobre el ejemplo de María, los santos, Baltasar escribió: "Nunca en ningún momento abandonen su centro en Cristo. Se entregan a su trabajo en el mundo, mientras 'oran en todo momento' y 'hacen todo para la gloria de Dios' (1 Tim 5:17; 1 Cor 10:31). Están perpetuamente en misión cristiana. Las "noches de fe" no disuaden esto; el sufrimiento involucrado es aceptado para que la confianza se dé cada vez más a Dios. En palabras de Rahner, "el único seguidor de Jesús *común a todos* El cristianismo consiste particularmente en seguirlo en la muerte", que "comienza en el alba mismo de la vida", "aceptando su [nuestra] cruz" en "paciencia sostenida por la fe en medio del sufrimiento, en la inevitable decepción y amargura de la vida mientras dure". Explicó que "el abandono de uno mismo con la esperanza de encontrar la plenitud inconcebible tiene lugar en las profundidades finalmente inaccesibles de la libertad de uno cuando esta libertad tranquilamente 'se deja ir', . . ." Por supuesto, esto no es para afirmar que cada experiencia de parecer "noche" es aprobación o regalo de Dios. Una vez más, podemos estar en pecado; El discernimiento debe ocurrir. María muestra el camino de permanecer fiel a Cristo, ya que incluso al margen del ministerio público de Jesús observó y esperó para entender, lista para servir a Cristo cuando fue convocada. Aquellos Tomar el camino del "corazón de María" en el abandono, en el sentido activo, puede atraer a otros: a los que están en la Iglesia, a los que se alejan de la Iglesia, a los que han abandonado la Iglesia, incluso a los que saben poco sobre la Iglesia. La atracción puede ocurrir precisamente por el reconocimiento de la experiencia del abandono pasivo en el abandono activo, el poder del ejemplo de María y de otros en la fe que no se dejan intimidar por confusiones, fracasos, angustias, etc. De hecho, que en algunas partes del mundo de hoy no tantos como en el pasado estén conectados a una religión en particular podría significar que muchos están abiertos a atraer elementos de cualquier religión. La propia historia de dificultades de María es quizás bastante conocida incluso fuera del cristianismo, si no a través de las Escrituras, a través de la reputación de tradiciones como el Rosario y la devoción de los Siete Dolores, tal vez también a través de estudios etnográficos recientes; Pero el tema de la "noche de fe" es uno con el que la persona contemporánea también podría identificarse útilmente. Los "nones" con los "no creyentes", en su apertura a la espiritualidad, podrían responder a esto en su deseo de seguir un propósito superior. "La única credibilidad de la Iglesia que Cristo fundó reside, como él mismo dice, en los santos, como aquellos que buscaron poner todas las cosas solo en el amor de Cristo", escribió Baltasar. "Es en ellos

donde el amor cristiano se hace creíble; son las estrellas guía de los pobres pecadores". Como escribió el Papa Pablo VI en *Evangelii Nuntiandi*, María es "la Estrella de la evangelización siempre renovada". La historia de abandono de María a Dios a pesar de cualquier sentimiento de abandono también se puede escuchar como un antídoto contra el ruido de la vida de hoy, incluida la publicidad constante de los medios sociales y otros que llaman la atención sobre lo mundano y lo profano; Su atención a la interioridad le permitió no dejarse influir indebidamente por las presiones externas. Su ejemplo puede ayudar a otros a realizar sus misiones personales en esta vida, dirigidas a una realidad amorosa más grande que las aspiraciones mundanas de los seres humanos. Y puede que no pase desapercibido para muchos, actualmente religiosos o no, que en el lugar de María en la obra salvífica de su Hijo, que ha resultado en el reconocimiento de ella como patrona de muchos lugares y causas, hay muchas dificultades que involucran. También podría ser convincente para muchos que llegan a considerar que la historia de María no es contada por ella sino por otros, que la preservaron porque mostró el camino de Cristo hacia nosotros (en la Encarnación) y nuestro camino hacia Cristo.

Con respecto al ecumenismo, que la teología dialéctica de Balthasar estuviera comprometida con la de Barth es su propia contribución ecuménica. Parecería que la noción de misiones personales de Baltasar podría ayudar con los esfuerzos ecuménicos. al menos en el nivel práctico, experiencial, aunque sería importante que el sentido de Balthasar de las misiones personales en contra de las que se les han dado se comuniquen cuidadosamente para que el pensamiento no sea recibido por los católicos más allá de los límites de una teología católica de la naturaleza y la gracia que reconoce la cooperación agraciada de las personas humanas. La noción explícita de misiones personales, que podría considerarse más abarcadora que "llamamientos", podría ayudar a católicos y protestantes a hacer una conexión en el esfuerzo común de los cristianos individuales para salir de sí mismos a los demás, incluso juntos, con María como guía. Históricamente, muchos católicos pueden haber asociado la actividad misionera con las misiones tradicionalmente manejadas, en la Iglesia Católica, por las órdenes religiosas. Por supuesto, esto no quiere decir que los católicos no siempre hayan entendido que por el bautismo tenemos la responsabilidad como discípulos de Cristo de difundir la Buena Nueva, en palabras y obras, a aquellos que encontramos, pero esto concebido ampliamente como "misión" podría ser más raro, a pesar de este uso del término en documentos de papas recientes. Con respecto al abandono en el hecho y ejercicio de las misiones personales, la "noche de fe" que María pudo haber tenido incluso a través del ministerio público de Jesús puede contribuir a la apreciación común de todos los cristianos de la humildad de María. Martín Lutero escribió en su Exposición de Adviento del Magnificat de 1520: "Oh, cuán simple y puro era el corazón de ella; ¡Qué alma tan extraña era esta! ¡Qué grandes cosas se esconden aquí bajo este humilde exterior! Cuántos entraron en contacto con ella, hablaron, comieron y bebieron con ella, que tal vez la despreciaron y la consideraron una doncella común, pobre y sencilla del pueblo, y que, si lo hubieran sabido, habrían huido de ella aterrorizadas". La humilde aceptación de María de su papel y cualquier dificultad que esto le haya infligido ha sido, de hecho, el punto de entrada de reflexión entre algunos teólogos protestantes y católicos por igual recientemente, incluso de pensadores feministas y de liberación. Todos los cristianos podrían estar de acuerdo con una descripción de Rahner:

El apostolado de María es uno de auto-retiro detrás de lo que ella sirve. Ella, entre todos los seres humanos, realizó el acto más decisivo en toda la historia salvadora. ¡Qué poco se dice al respecto, incluso en el Nuevo Testamento! ¡Cuánto tiempo se necesitó un período en la cristiandad antes de que el alcance y la profundidad del asentimiento de María llegaran a ser apreciados en cierta medida! Lo imperceptible puede ser lo más importante; la bola de nieve puede convertirse en una avalancha; el punto de influencia de Arquímedes no siempre se encuentra en el lugar donde se habla más fuerte. La

valentía para comenzar sin impresionar, la humildad de los pequeños comienzos, es el carisma de un apostolado verdaderamente grande.

En cuanto al catecismo, el Papa Benedicto XVI escribió en *Deus Caritas Este* y repitió en su carta apostólica fundando el Pontificio Consejo para la Promoción de la Nueva Evangelización: "Ser cristiano no es el resultado de una elección ética o de una idea elevada, sino el encuentro con un acontecimiento, una persona, que da a la vida un nuevo horizonte y una dirección decisiva". En este último documento se exployó, señalando que "en la raíz de toda evangelización no se encuentra un plan humano de expansión, sino más bien el deseo de compartir el don inestimable que Dios ha querido darnos, haciéndonos partícipes de su propia vida". Sin embargo, este enfoque en el encuentro personal no ignoraba nuestra búsqueda de comprensión. Benedicto XVI recordó la comprensión matizada del Papa Pablo VI de las necesidades de evangelización en el futuro:

Con previsión, el siervo de Dios Pablo VI señaló que la tarea de evangelización, "como resultado de las frecuentes situaciones de descristianización en nuestros días, resulta igualmente necesaria para innumerables personas que han sido bautizadas pero que viven bastante fuera de la vida cristiana, para las personas sencillas que tienen una cierta fe pero un conocimiento imperfecto de los fundamentos de esa fe. para los intelectuales que sienten la necesidad de conocer a Jesucristo bajo una luz diferente de la instrucción que recibieron de niños, y para muchos otros» (Exhortación Apostólica *Evangelii Nuntiandi*, n. 52). Además, teniendo en cuenta a los alejados de la fe, añadió que la acción evangelizadora de la Iglesia «debe buscar constantemente los medios y el lenguaje adecuados para presentarles o representarles la revelación y la fe de Dios en Jesucristo» (*ibíd.*, 56).

María fue preparada para su misión personal no sólo a través de su asistencia a "la escuela del Hijo", sino a través de la "instrucción del Espíritu Santo" para ayudarla a saber cómo criar a su Hijo. Baltasar escribió: "Como la Inmaculada, ella siempre ha tenido el Espíritu dentro de ella, porque nunca podría haber aprendido lo que era necesario [sobre 'lo que uno debe ser y hacer como la Madre de Dios'] por medio de la instrucción exterior". Entonces la instrucción de su Hijo le mostró "cómo se comporta uno como hijo de Dios". Baltasar describió su observación, escucha, llegando a comprender más a fondo la identidad de su Hijo, su misión y el papel que ella estaba desempeñando en su misión. Es importante destacar que ella también estaba enseñando a su Hijo, para prepararlo para su misión. Baltasar escribió que "María introdujo a su Hijo en el significado y las profundidades de la religión de Israel, por simples que hayan sido sus palabras". Sostuvo esto sobre la "contribución humana", para no "ofender el proceso de aprendizaje de un niño humano normal: "Ella debe haber introducido a Jesús en la tradición y así le permitió reconocer su propia misión en el espejo de la promesa ['a Abraham y su posteridad']", incluso mientras "la oración personal de Jesús y el Espíritu Santo que mora en él le revelaron esta misión con mayor profundidad". El Derecho Canónico pone el deber inicial de la instrucción cristiana sobre los padres: "Antes que todos los demás, los padres están obligados a formar a sus hijos, con la palabra y el ejemplo, en la fe y en la vida cristiana. La misma obligación vincula a los patrocinadores y a aquellos que toman el lugar de los padres", afirma el Canon 774.2. Sin embargo, la Iglesia también asume toda la responsabilidad. Según el Canon 217, ". . . Los fieles de Cristo. . . Tengan derecho a una educación cristiana, que les enseñe genuinamente a esforzarse por la madurez de la persona humana y, al mismo tiempo, a conocer y vivir el misterio de la salvación". El canon 229 explica, en lo que se refiere específicamente a la misión: "Los laicos tienen el deber y el derecho de adquirir el conocimiento de la enseñanza cristiana que sea adecuado a la capacidad y condición de cada uno, para que puedan vivir según esta enseñanza, anunciarla y, si es necesario, defenderla, y puedan desempeñar su papel en el ejercicio del apostolado". Al menos según la evidencia anecdótica, debe reconocerse que muchos

católicos de hoy han sido catequizados mínimamente, como resultado de situaciones demasiado numerosas y complejas para cubrirlas aquí. Y los padres de las generaciones recientes pueden no apreciar plenamente su papel en la transmisión de la fe. Esperemos que los esfuerzos catequéticos actuales, en varias partes y en varios niveles de la Iglesia, puedan ayudar a remediar esta situación, para satisfacer las diversas necesidades de los miembros de la Iglesia, que deben seguir a María para llegar a comprender más plenamente la identidad y la misión de Cristo. Una encuesta del Pew Research Center en los Estados Unidos en 2019 reveló que no solo la mayoría de los católicos en este país no creen en la enseñanza de la Iglesia sobre la transubstanciación, sino que no conocen la enseñanza de la Iglesia sobre la transubstanciación; Cerca de la mitad de los encuestados cree que la Iglesia enseña que el pan y el vino son simplemente símbolos. Dejaré que mis colegas aquí en España evalúen las creencias de los católicos aquí. La realidad detrás de la apariencia de que algunos católicos están rechazando las doctrinas centrales puede ser que incluso el significado básico de estas doctrinas no se entiende, si la mayoría de los católicos son lo suficientemente conscientes de ellas. Sin esa conciencia, sin comprensión en el nivel que se necesita individualmente, sin la experiencia de consuelo, podría ser difícil que el llamado divino sea escuchado a través de experiencias de abandono, o cualquier experiencia, y las misiones, personales o de otro tipo, podrían no realizarse.

(3)

### **Misiones personales y abandono:** **La Nueva Evangelización**

Tanto Baltasar como Rahner enfatizó que el ejemplo preeminente de discipulado, de misión de María, se aplica a cada estado de la vida cristiana y que esto podría ser reconocido en particular por y para los laicos, que tienen un papel crítico en la misión de la Iglesia. Rahner escribió de María que

Su apostolado demuestra la unidad y la relación recíproca entre el apostolado oficial de la misión jerárquica y el apostolado del servicio personal. Su apostolado nos dice al clero que incluso en el ejercicio del oficio el factor determinante es la santidad de servicio; Le dice al laico que incluso el papel decisivo en la redención no incluye, *eo ipso*, ningún título o inversión con los poderes del cargo, que por el contrario demuestra su validez dejando al cargo todos sus derechos.

Baltasar sostuvo que "una analogía viva gobierna la relación entre el oficio y el carisma. El laico, que no pertenece a la jerarquía, no está en lo más mínimo sin su oficio en la Iglesia, cuando tiene su *carisma*..." Sobre María, escribió: "La circuncisión en María de los diferentes estados de vida y de lo que implican es, por supuesto, una participación en la propia trascendencia de Cristo de ellos, como Dios y hombre". Tan crítico es su lugar que incluso "el oficio encarnado es la contraparte eclesial del Sí encarnado de María en la Iglesia". Explicó:

El Evangelio del amor termina con un gran homenaje al oficio petrino, pero subordina este oficio al servicio de un amor que él, el oficio, nunca podrá supervisar plenamente.

La dualidad de María y Pedro, de la santidad subjetiva del corazón y la santidad objetiva de la estructura, mantiene la distancia entre el cuerpo y la cabeza en la catolicidad de la Iglesia. Y así, en la Iglesia empírica hay dos órganos críticos: el oficio, que examina y critica los carismas para probar su catolicidad, y la santidad que, en el espíritu puro del Evangelio, del Sí de María, puede y debe criticar el oficio.

Baltasar afirmó que María puede "combinar en perfecta armonía estados de vida de otra manera incompatibles: la virginidad y la maternidad, el estado matrimonial y el estado religioso, incluso en un

modo real, aunque análogo o eminente, el sacerdocio (como corredentora) y el estado laico". Mientras que la jerarquía interpreta la revelación bíblica, los santos son el "evangelio vivo", "una expresión viva y esencial de la tradición de la Iglesia", "el vínculo entre el mariano y el petrino en la Iglesia". Su "entrega al Infinito" es la postura propia incluso de la teología que está estructurada en conformidad con la revelación sobre la que reflexiona (como "una función, un correctivo, un preliminar a la enseñanza oficial") a través de la guía del Espíritu que inspira "diferentes tipos de santidad y de misiones" que pueden iluminar la doctrina vivida y comunicada de otra manera en diversos contextos históricos. Las diversas espiritualidades de los santos, todas comprendidas en la actitud de María, son "para Cristo y para la Iglesia" y tienen su fuente en "la *libre* distribución, por parte de la Cabeza de la Iglesia, de sus dones y carismata", aunque las misiones más grandes no tienen estas particularidades principalmente en mente, sino que están fijadas en la mirada de María sobre la "cosa misma", el evangelio de Cristo". Así, se puede decir que el fiat de María es expresivo de la tarea misionera básica de los cristianos.

En el pasado he sugerido que tres "momentos" señalados de la teología de Baltasar de María y los santos y las misiones personales – el individuo llamado por el carisma a la misión personal, el impacto de la misión personal en la Iglesia y el impacto exitoso de la Iglesia en el mundo – ofrecen contribuciones prácticas para fomentar la inmersión activa de los fieles. especialmente los laicos, en la Nueva Evangelization. Resumiéndolo brevemente, subrayo ahora la dimensión de abandono de cada momento.

Uno, con respecto a la llamada de Dios al individuo, que María y los santos han desaparecido de muchas tradiciones privadas e incluso corporativas de veneración desde el Vaticano II, tal vez haya contribuido a la necesidad de una nueva evangelización en la Iglesia. A través de los santos de Cristo estamos obligados, a nivel intelectual y afectivo, a nuestro "destino": el abandono completo a Dios en el amor a él y al prójimo, la meta misma de cualquier misión santa para la Iglesia. "El objetivo supremo del cristiano es transformar su vida" según la "idea de sí mismo secretada en Dios... promulgado libremente para él por la gracia pura de Dios", escribió Baltasar. Cada cristiano debe realizar su propia misión o vocación personal, que "es siempre un 'carisma' eclesial, una llamada al servicio por gracia", gracia que transforma en medio de "todos los pequeños detalles de la vida cotidiana". En "la renuncia al amor a sí mismo, la voluntad propia y la disposición propia" Baltasar enfatizó que "cuando uno ha dado su 'sí' completo a la llamada que ha recibido, el Espíritu Santo no lo deja fallar. *Es como si Dios mismo asumiera la responsabilidad de quien ha llamado.*"

Dos, con respecto al impacto en la Iglesia de las misiones personales, la teología de Baltasar afirma en los santos una diversidad de "programas espirituales", diferentes formas de vivir el "sí" de María. Baltasar recordó que "lo primero que se supone por santidad es la voluntad de ser parte del Cuerpo, con sus muchos miembros contrapuestos, y realizar toda la voluntad de Dios dondequiera que uno se encuentre, uno así y otro de manera muy diferente", escribió, "porque nadie puede recorrer simultáneamente todos los caminos del amor dado a los santos: . . ." En todos los casos, "Dios cuenta con la naturaleza, la fuerza y la capacidad únicas de cada individuo", sin que sepamos exactamente lo que en un caso individual "puede decidir para producir sus efectos generales". Los santos "siguen las huellas de Jesús, que fue despreciado, abusado, considerado loco (Mc 3,21) y poseído (Mt 12,24; Jn 7,20; 8.48) y anhelan, por causa de Jesús, ser considerados como necios". Recordando a los santos, "debemos sacar a la luz lo que querían sacar a la luz, a lo que estaban obligados: su representación de Cristo y de las Escrituras". La misión de cada persona lleva la apropiada "forma de santidad", que es "esencialmente social y fuera de la disposición arbitraria de cualquier individuo", para posicionarlo en la Iglesia como Dios quiso. Esa intención se realiza en el autoabandono de la persona. Baltasar escribió

que "los santos fundaron la Iglesia. La reciben del Señor en la soledad de sus corazones y la extienden por el mundo como *communio*."

Tres, para considerar la marca en el mundo de los carismas activados en las misiones personales que animan a la Iglesia, la teología de Baltasar puede tener especial relevancia para los laicos que, en culturas cada vez más seculares, pueden estar en una posición más precaria con respecto a la recepción auténtica del evangelio, pero en su recepción auténtica pueden estar en una posición más ventajosa para transmitir el evangelio más allá de la Iglesia. Baltasar escribió en su segundo volumen de *Exploraciones en Teología* que "tal vez las riquezas últimas del mundo de los laicos puedan desplegarse desde este mundo laico solo cuando la comprensión de la posición y la responsabilidad del laico en la conciencia de la Iglesia se haya vinculado orgánicamente a la comprensión de los consejos evangélicos". Señaló que "el evangelio no es inherentemente monástico, y sus directivas tienen una validez que va más allá de esto".

María no es monja, pero es Madre *porque* es virgen. Cristo no es un monje, pero es Rey *porque* es pobre y obediente hasta la muerte. No es a través de la "acción" católica que el mundo será redimido, sino a través de la pobreza y la obediencia y una orientación exclusiva hacia Dios. Y sería acorde con nuestra avanzada edad si los católicos aprendieran mejor a comprender que la responsabilidad por el mundo va bien con la obediencia, la disposición sobre el mundo va bien con la pobreza, la experiencia del mundo va bien con la virginidad, de hecho, que la fecundidad final, incluso en el ámbito que es más verdaderamente el de los laicos, se puede esperar precisamente de esta fuente.

El laico, señaló, vive "al margen (entre la Iglesia y el mundo)", pero esto "no es una distancia del centro, sino una existencia eclesial central, porque la Iglesia misma es el lugar de la encarnación continua de Dios en el mundo, una realidad que irradia y brota más allá de sí misma". Sobre el mundo de hoy, Baltasar observó en su quinto volumen de *La Gloria del Señor: Una Estética Teológica* esencialmente la necesidad especial del mundo de la Nueva Evangelización en nuestro tiempo excepcionalmente oscuro, uno que, como se sugirió anteriormente, podría experimentarse como un abandono pasivo, tal vez a gran escala, uno que ciertamente se debe también al pecado, uno para ser confrontado por el abandono activo a Dios.

A los cristianos de hoy, que viven en una noche más profunda que la de la Baja Edad Media, se les da la tarea de realizar el acto de afirmar el Ser, imperturbable por la oscuridad y la distorsión, de una manera vicaria y representativa para toda la humanidad: un acto que es al principio teológico, pero que contiene dentro de sí toda la dimensión del acto metafísico de la afirmación del Ser. Aquellos que son dirigidos de esta manera a orar continuamente, a encontrar a Dios en todas las cosas y a glorificarlo son capaces de hacerlo por motivos particulares (es decir, gracias particulares) que les permiten cumplir con su "deber de criatura". . . Pero en la medida en que han de brillar "como las estrellas en el cielo", también se les ha confiado la tarea de llevar luz a aquellas áreas del Ser que están en tinieblas para que su luz primordial pueda brillar de nuevo no sólo sobre ellos, sino también sobre el mundo entero; Porque es sólo en esta luz que el hombre puede caminar de acuerdo con lo que verdaderamente está llamado a ser.

En esto, "el deber del laico, después de su propia santificación, es la representación de lo que es santo en el ámbito de lo profano, la realización del Reino de Dios en el reino de este mundo" que "sólo puede realizarse a través de la Cruz, la tribulación, la persecución y el martirio".

### **Pensamiento final**

El Papa Francisco declaró en su mensaje de la Jornada Mundial de las Misiones 2022: "Sigo soñando con una Iglesia completamente misionera y una nueva era de actividad misionera entre las comunidades cristianas". En *Evangelii Gaudium* escribió acerca de cada uno de nosotros: "Yo soy una misión en esta tierra; esa es la razón por la que estoy aquí en este mundo". Aspiracionalmente, en la teología de Baltasar, una persona y su misión personal serían "indistinguibles", como lo son en María. Será valioso concluir con una breve nota final sobre la naturaleza del proceso de cumplimiento de nuestra misión, ya sea concebida como identificación con ella o simplemente como aceptación de ella sin reservas, sin importar lo que podamos sufrir. El proceso requiere la apertura radical de María a Dios, el abandono a Dios, que la Escritura caracteriza como la de la infancia (Mt 18,3-4; 19,14; Mc. 10:15; Lc. 18:17; Juan 3:3, 5; 1 Pedro 2:2). Rahner, pensando en alguien que vive un "llamado" y una "misión en la vida", escribió: "El que tiene el coraje de aceptar y preservar el espíritu puro de la infancia dentro de él, y llevarlo consigo durante toda su vida, es él quien encuentra a Dios". Baltasar escribió que "cuanto más nos identificamos con la misión que se nos ha confiado, a la manera del Hijo eterno, más plenamente llegamos a ser hijos e hijas del Padre Celestial; . . . Los santos disfrutaban de una maravillosa juventud". Y para nosotros, como "modelo en la postura única del Hijo como Niño", en "la unidad entre la dependencia permanente del Hijo del Padre" y "la misión autónomamente responsable que el Padre confía al Hijo, la unidad, . . . , entre ser un niño y ser un adulto", es "la relación infantil de María con el Padre en el Espíritu Santo".